

R. Montaner Bello

DON ANTONIO JOSE IRISARRI, FILOLOGO (1)

SENORES

.....
Y aquí quiero tomar pie para deslizarme a tratar de un hombre que fué consumado maestro del habla española, que se ocupó también de asuntos de ortografía, que sin ser chileno de origen, tuvo participación importante en los sucesos de la política interna y externa de los primeros años de la República, y a quien las generaciones actuales, por razones de otro orden, tienen relegado casi al olvido.

Me refiero a don Antonio José de Irisarri, de quien ha dicho con razón Barros Arana, no se ha escrito todavía la historia imparcial y completa.

Fué tan singular aventurera y compleja la existencia de este hombre, que si se pudiera trazar en la pizarra, graficamente, el curso de su vida, las líneas marcarían violentos zigzags de su cuna al sepulcro. El destino prolongó sus años más allá del término ordinario concedido a los hombres, acaso para hacerlo desempeñar en la comedia humana los papeles más heterogéneos y contradictorios, de tal modo que es más fácil a los historiadores decir qué cosa no fué Irisarri, que referir todos los acontecimientos en que tuvo participación más o menos activa.

Esta variedad de circunstancias, hace de Irisarri un tipo de hombre excepcional, sin unidad de tiempo, de lugar ni de acción, increíblemente móvil y capaz de los más fuertes contrastes. Puede afirmarse que la fisonomía de su espíritu escapa al

(1) Discurso de incorporación a la Academia Chilena correspondiente de la Academia Española.

análisis, porque no hay continuidad ni persistencia en ninguna de sus obras, así en el campo de la política como en el de las letras. En este último, por ejemplo, salvo su Historia Crítica y la Defensa de su Historia, relativas al asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, todas sus obras quedaron inconclusas y a medio hacer. Fundó y publicó como catorce periódicos en las diversas ciudades en que tuvo alguna residencia, hojas que servían de desahogo a su genio combatidor, y que interrumpían siempre sus continuos viajes.

Irisarri, para decirlo de una vez, fué comerciante, agricultor, militar, funcionario público, ministro de Estado, agente diplomático, empresario de minas, empresario de colonización, financista, Comandante general de Guatemala, su patria, Director Supremo de Chile, durante una semana, caudillo revolucionario en Centro América, prisionero de guerra condenado a muerte y escapado de la prisión, abogado y perito en leyes, periodista, historiador, crítico, polemista, filólogo y hasta poeta, bien que, como poeta, no alcanzó al *aurea mediocritas* de Horacio.

Le tocó vivir en los tiempos más a propósito para el empleo de su carácter; tiempos turbulentos y revolucionarios, de acción y de reacción, en que se agitaba, por decirlo así, en medio de dolores públicos, el alumbramiento de nuevas generaciones de ideas, no sólo en el extenso continente americano, sino en todos los países civilizados.

Un hombre como Irisarri no habría prosperado en épocas de calma y de letargo, como en los tiempos coloniales; su existencia habría sido imposible en ese mar de sargazo, porque el diablo con que nació dentro del pecho, no teniendo en qué emplearse, lo habría conducido a la desesperación.

Llevó, como puede inferirse, una vida vagabunda y errática, lejos de su hogar legítimo de Chile, y solamente cuando estuvo viejo y postrado, tomó forzado reposo en el desempeño del puesto de representante diplomático de Guatemala ante el gobierno de los Estados Unidos de Norte América. Y aun este descanso material fué relativo, porque le sobrevinieron polémicas históricas, más agrias que nunca, en que tuvo que defender su nombre de los ataques que de todas partes le hacían, ataques en que hubo excesos de pasión en su contra y también excesos suyos en su defensa. Irisarri sólo descansó realmente desde el día de su muerte.

En esas polémicas es en donde se manifiestan las genuinas cualidades de su espíritu, rápido, mordaz, valiente, desenfadado, diestrísimo para presentar el aspecto que le era favorable de sus actos y habilísimo argumentador. Y lo decía todo en

el más envidiable lenguaje por su facilidad, corrección y elegancia. El idioma español en sus manos parecía blanda y plástica arcilla, que él modelaba, aplicaba y ajustaba con extraordinaria destreza, sacando de las palabras efectos sorprendentes de viveza, colorido y sutilidad. No puede decirse que tuviera un estilo propio suyo, porque Irisarri poseía el arte de todos los estilos, usando a veces frases cortas y volanderas, como saetas, y a veces párrafos largos y macizos, como de los clásicos castellanos. Él buscaba la forma de la construcción, como el guerrero elige las armas según las necesidades de la contienda. ¡Cuesta creer que tan hábil y agresivo polemista fuera un hombre que estaba por cumplir ochenta años de edad!

A esta avanzada edad, pudo repetir Irisarri lo que había dicho treinta años antes en Santiago de Chile, cuando defendía las condiciones bajo las cuales había contratado en 1822 el famoso empréstito de Londres: «Yo salgo a la defensa de mi obra y de mi conducta, dijo, presentándome en una arena en que pueden entrar a combatirme los gigantes y los pigmeos, y cuantos crean que tienen armas contra mí, y si en esta lucha alguno piensa que no doy pruebas de ser el menos atrevido, no me negará a lo menos que soy ahora lo que he sido siempre, amigo de la buena guerra y enemigo de traidoras artes. Yo quiero a mis contrarios de frente para recibir sus heridas en la cara, y no me gusta aquella hipócrita moderación que asesina por la espalda».

Sabía Irisarri que tenía muchos y poderosos enemigos, pero se calmaba pensando filosóficamente que era preciso tenerlos, como los tienen siempre todos los que hacen algún papel en la administración de un país.

La posteridad ha absuelto a Irisarri de algunos cargos que se le hicieron en vida, porque los hombres de ahora están dispuestos a perdonar las flaquezas de los hombres que nos dieron la independencia nacional, e Irisarri fué uno de los protagonistas de esa grande empresa. En ella puso sus primeras energías de individuo de acción y de escritor, en ella gastó generosamente buena parte de su hacienda personal, y vivió lo bastante para ver el afianzamiento de la libertad política de todo este continente, realizado, es cierto, a través de inauditos contrastes y de sangrientos acontecimientos. Sus principios sobre la libertad de los pueblos, bebidos en fuentes de la revolución francesa, se modificaron mucho con el transcurso del tiempo y con el espectáculo de las naciones americanas, conmovidas por luchas internas y fratricidas. No renegó de la independencia ni fué reaccionario en este punto; pero llegó a decir que muchos Es-

tados americanos habían perdido con ella, y que, no teniendo educación para el ejercicio de la libertad, mas les hubiera valido no haber roto con el pasado.

Sea como fuere, dejando a un lado su asendereada vida política, y considerando aquí a Irisarri únicamente como escritor y en particular como filólogo, la verdad es que la admiración que produce su talento y su extraordinaria agilidad mental, le ganan muchas simpatías. Sus escritos se leen con placer y dan motivos para sabrosos comentarios. Pocos autores cautivan la atención y despiertan el interés como supo hacerlo Irisarri, y sea por su lenguaje, sea por sus salidas ingeniosas, sea por su valentía en el ataque, o sea por su fina y astuta dialéctica en la polémica, Irisarri impone su indiscutible superioridad intelectual.

Si se hiciera un florilegio de sus chistes, mofas y sátiras, la colección sería tan amena y alegre como intencionada y maliciosa, y si se hiciera una antología de sus pensamientos serios y de sus ideas sociales, sería otra colección de sabias observaciones políticas y de lecciones de experiencia muy útiles para la enseñanza de los que viven entre las evoluciones y combates de las democracias. La obra de Irisarri da paño abundante para estas dos colecciones.

Y así, picando al azar, por cualquier lado de sus escritos, encontramos, por ejemplo, esta aguda frase en que responde a un escritor majadero que insistía mucho, discutiendo con Irisarri, en lo que él llamaba *la elasticidad* de las lenguas:

«En cuanto a la elasticidad de las lenguas, yo no tengo que decir cosa alguna, porque jamás me he divertido en tirar la lengua a nadie para ver hasta donde se le alarga, pero me parece que en cuanto a elástica, ninguna lengua le ganará a la de la vaca, pues como todos sabemos, esta lengua se alarga y se extiende tanto que sirve de pañuelo de narices a su dueño. ¡Vaya al diablo la elasticidad de la lengua!»

En una polémica harto desagradable con el periodista venezolano Blas Bruzual, a propósito de ciertos actos de Irisarri, escribe éste en uno de sus periódicos:

«Continuaré manifestando que el desgraciado Blasillo es el más ridículo embustero, el más despreciable bicho de cuantos componen la ochlocracia venezolana, pues no dice, ni por equivocación, una sola palabra de verdad, excepto en aquello en que se acusa él mismo como un tonto.»

Bruzual, por su lado, zahería a Irisarri en términos que le causaban profunda irritación. Conviene conocer algunos tér-

minos de esta polémica para calcular el temperamento general de las polémicas que sostenía Irisarri.

«Llamamos desgraciada, dice Bruzual, la pluma de «El Revisor» (Irisarri), no porque carezca de algún mérito, sino porque a pesar de tenerlo, pierde todas las causas que defiende. Irisarri defendió al Presidente Arce en Centro América, y salió desterrado junto con él; defendió a los chilenos contra Santa Cruz y quedó triunfante el Supremo Protector; defendió después a Santa Cruz contra los chilenos y salieron de espeta perrros el Protector y los protegidos; defendió a Flores, y salió como todos saben; defendió a Mosquera y éste es el que ha salido mejor de todos los clientes de Irisarri; vino a Venezuela con intención de defender a Páez, y están juntos en Curazao escribiendo papelitos. He aquí uno de los méritos de la pluma de Irisarri, tumbar a sus defendidos; pero el mayor mérito consiste en su gran facilidad para acomodar su pluma a todos los tonos: es un buen bailarín que al son que le tocan baila.»

En una página de la primera y única parte publicada de su *Historia del Perínclito Epaminondas del Cauca*, señalamos esta donosa consideración:

«A mí me importa poco que el dinero se halle, contestó Epaminondas, pues él está destinado, como su merced me ha dicho, para volvérselo al Señor Don Prudencio, y supuesto que ladrón que roba a ladrón gana cien días de perdón, como se dice por acá, Ruperto está perdonado por el robo que me hizo, y más perdonado quedará el que robe al ladrón del ladrón del ladrón, porque a proporción que la cosa sea más robada, debe merecer mayor indulgencia el que la roba.»

En otra página de este mismo libro, hallamos esta humorada sobre la teoría de Proudhon respecto de la propiedad particular:

«Así es que el Señor Proudhon nos ha demostrado lógica y matemáticamente que tres de los mandamientos de la ley de Dios, de aquella ley que trajo Moisés de la cima del monte Sinaí, están mal traducidos en todas las lenguas, pues el hurtar no puede estar prohibido, puesto que no hay propiedad que respetar; ni debe condenarse el codiciar las cosas ajenas, porque no hay cosa que no pertenezca a todos los codiciosos, ni debe tenerse a mal el desear la mujer del prójimo, porque la mujer no puede ser propiedad de nadie, pues ninguno puede decir que es suya una mujer cuando no hay tuyo ni mío.»

Y más adelante anotamos estas sabias frases que pueden figurar en la segunda de las colecciones:

«El que siembra flores, recoge flores; el que abrojos, abrojos;

preciso es que cada cual recoja lo que siembra. Aquellos falsos demócratas, pues, que invocan el nombre del pueblo para ser los opresores de sus conciudadanos y para hollar con sus pies los derechos de la democracia; aquéllos mentidos republicanos que quieren que la república dependa de los caprichos de ellos mismos y la tratan como si fuese una propiedad que les perteneciese, aquellos liberales, en fin, que se quieren hacer dueños de la libertad de todos, sin dejar ninguna a los que no son de su partido, deben conocer, por poco entendimiento que tengan, que sólo trabajan en desmoralizar a los pueblos, y en establecer el reinado de la arbitrariedad, de la injusticia y del desorden, de que es preciso que ellos mismos sean las víctimas.»

En su novela autobiográfica titulada *El Cristiano Errante* de la que sólo se publicó la parte primera, encontramos esta página que es una muestra de excelente buen humor:

«Yo no sé muy bien si Dios me hizo a mí para disfrutar de mucha libertad o de poca; pero sí sé que hasta ahora he sido lo menos libre que era posible. En primer lugar, yo vine al mundo después de haber estado muchos meses en una prisión estrechísima, atado con mis propios miembros, sin poderme mover de un lado al otro, luego me hallé envuelto en pañales que eran verdaderas prisiones, y mi libertad era la que tiene un fardito bien liado. Después no pude ir de un lugar a otro sino con andaderas y conducido por mano ajena. En seguida el aya y después el ayo, me trajeron y llevaron como les dió la gana. Yo siempre hice lo que otros quisieron, hasta que murió mi padre, y después de muerto aquel a quien debía sumisión y respeto por ley de naturaleza, he hecho sólo lo que me han dejado hacer los que no son padres ni parientes ni superiores, sino hombres que han querido y han podido oponer su resistencia a mi libertad. Digo, pues, que si yo nací para ser libre y si a los demás les sucede lo que a mí, la libertad no es una gran cosa, porque es la dependencia de todo cuanto nos rodea...

«Paréceme a mí que la voluntad de Dios de hacer al hombre la más libre de sus creaturas, se hubiera manifestado con toda evidencia haciéndole la más independiente, la más ágil, la más fuerte; que le hubiera dado un par de alas, proporcionado a su peso; un par de nadaderas convenientes para atravesar los ríos, lagos y mares; un par de piernas tan ágiles como las del gamo; un cuerpo tan ligero como el del tigre; una fuerza igual a la del león, y entonces sí que vencería el hombre todos los obstáculos y sería libre sobre la tierra, sobre el aire y sobre las aguas...

«Y después de esto, con todas mis alas, con todas mis nadaderas, etc., mi libertad no sería mejor que la de los demás

hombres, porque todos volaríamos, nadaríamos, correríamos, asaltaríamos y resistiríamos del mismo modo, sin haber conseguido otra cosa que hacer en el aire y en el centro de las aguas lo que hacemos sobre el haz de la tierra. Nos perseguiríamos volando y nadando como nos perseguimos sin volar y sin nadar, y nuestra pobre libertad andaría siempre de mala data, porque esta reina del mundo no puede reinar sino como reinan los que reinan, es decir, unos sobre otros.»

Irisarri admiraba la riqueza de la lengua castellana, en la cual se han escrito largos discursos omitiendo artículos y pronombres y aun letras del abecedario; pero él fué más lejos, porque para dar mayor prueba de esta riqueza, compuso historietas y relatos con una sola vocal, excluyendo las otras cuatro. Estas piezas son puros juegos de ingenio, desagradables al oído y sin méritos literarios, en que el autor se vió obligado a usar construcciones amaneradas, a variar el género de algunas palabras y a echar mano de voces anticuadas. Así, por ejemplo, sólo empleó la *a* en el cuento «*Amar hasta fracasar*» » la *e* en «*Pepe, el de Jerez*» y la *o* en «*Los mozos gordos*». En «*Amar hasta fracasar*» cuenta Irisarri los desventurados amores de Ana y Blas, vecinos de La Habana, y la narración tiene como ochocientas palabras. He aquí el primero y los últimos párrafos:

«La Habana aclamaba a Ana la dama más agarbada, más afamada. Amaba a Ana, Blas, gaián azas cabal, tal amaba Chactas a Atala.

«Ya pasaban largas albas para Ana, para Blas, más nada alcanzaban. Casar trataban; mas hallaban avaras a las hadas para dar grata andanza a tal plan...»

Y sigue la historia de las contrariedades hasta terminar todo en un naufragio en que perecen los dos amantes.

«Faltaba ya nada para anclar; mas la mar brava, brava, lanza a la playa a la fragata, la vara.

«La mar trabaja las bandas: mas brava, arranca tablas al tajamar, nada basta a salvar la fragata. ¡Ah! tantas almas lanzadas a la mar, ya agarradas a tablas, claman, ya nadan para ganar la playa... La mar traga a Ana, traga a Blas... Ambas almas abrazadas bajan a la nada...»

Sus polémicas con algunos escritores chilenos, fueron excepcionalmente ásperas y enconosas. Irisarri hizo cara a todos sus adversarios a la vez, combatiéndolos alternativamente con seriedad y buenas réplicas o con sarcasmos y burlas. A uno de ellos que había publicado sin nombre de autor, una composición en verso titulada «*Poema Elegíaco*» Irisarri lo corrige, diciendo que había una errata del impresor, pues en vez de

poner «*Poema Elegíaco*», debió haber puesto «*Poema el Ajiaco*», porque en el impreso no había cosa de elegía, sino todo lo que debe haber en un mal ajiaco, que es un guisote compuesto de carne y menestras en que entran diversas yerbas.

Los libros históricos de Vicuña Mackenna fueron los blancos de sus últimos dardos y el *Ostracismo de O'Higgins* le dió motivo para hablar sobre el negocio de ostras del general. Irisarri se defendía de los cargos y alusiones que se le hacían. «Que Vicuña Mackenna es hombre laborioso, escribió Irisarri, no puede negarse y preciso es confesar que ha trabajado como un negro recogiendo noticias y papeles, por aquí y por acullá, y digiriéndolos con toda la potencia de un avestruz, que como es bien sabido digiere los metales más duros, como yo las brevas y los merengues. ¡Bendiga Dios, su buena digestión!»

Un año antes de su muerte, publicó Irisarri en un volumen sus poesías satíricas y burlescas, que nada añaden, en verdad, a su nombre, porque este campo de las bellas letras no se acomodaba a las cualidades de su espíritu, y, al contrario, esas poesías dieron flanco vulnerable para los ataques y críticas de sus adversarios. Irisarri no tiene finezas para el epigrama, ni vis cómica para la sátira: en esta materia, su dicción es más bien pesada, tosca y poco elegante. Quedó muy lejos, no sólo de Quevedo, sino aun de todos los inferiores de Quevedo, que cultivaron en España el género satírico y epigramático, como Diego González, Juan Pablo Forner y José Iglesias de la Casa.

Así, por ejemplo, el prólogo en verso del tomo de sus poesías, comienza con estas redondillas:

Lector, si gustas de chanzas
Y no de lectura seria,
Aquí encontrarás materia
Conveniente a tus holganzas.
Todo aquí es burla, no serio,
Aunque talvez lo parezca
Y algún pasajillo ofrezca
Cierto olor a vituperio.
Todo es burla ciertamente,
Y así es que burla burlando
Voy mis flechas disparando
Con intención inocente.
Si trato acaso de burro
A alguno de mis cofrades,
Semejantes libertades
Que son del arte discurro...

Y termina con estos otros versos:

Me será, pues, permitido
Llamar malvado al malvado,
Al abrutado, abrutado,
Y al que es bandido, bandido.
Con todo, fama ninguna
Con mis versos he quitado,
Ante más bien las he dado
A los tundidos alguna.
La tenían tan escasa
Aquellos pobres tundidos,
Que sólo eran conocidos
En su oscurísima casa.
Los hubiera allí dejado
No metiéndome con ellos,
Empero, irguiendo sus cuellos,
Tanto se han insolentado
Que al fin ha sido preciso
Infligirles una pena,
Que diera en cabeza ajena
Al inocente un aviso.

La verdad es que estos versos son ramplones y vulgares.

El tomo contiene una colección de fábulas de índole política, dirigidas contra los demagogos que acaudillaban en aquel tiempo las facciones populares. Tal vez la parte más aceptable son los epigramas, que tienen desde luego, la ventaja de ser breves, lo que no sucede con las sátiras, que son versificaciones largas e insulsas. He aquí tres de esos epigramas:

Tú dices que yo por viejo
Ya no valgo ni un comino,
Dí lo mismo por el vino
Que es mejor cuando es añejo.
Desmejora con la edad
Todo lo malo que crece,
Mas lo bueno que envejece
Gana mucho en calidad.

¿Oyes tú lo que te digo?
Preguntó Martín a Luisa,
Y ella contesta: sí, amigo.

Y le repuso Martín:
Así como oyes la misa,
Sin entender el latín.

No te cases con Don Diego
Porque es un bestia, decía
Ayer tarde a Rosalía.
Pero ella repuso luego:
Bien puede ser incipiente
El pobre de mi querido,
Mas para hacer de marido
Me consta que es competente.

Los verdaderos títulos literarios que tiene don Antonio José de Irisarri para que su nombre llegue a la posteridad, no son los del nativo desenfado de su genio cáustico, sino su conocimiento profundo del idioma, su familiaridad con los mejores modelos clásicos y sus grandes condiciones de escritor. Desde muy joven, por inclinación natural y por gusto, empezó sus estudios de la lengua castellana, que prosiguió incansablemente durante toda su vida, venciendo las dificultades de su carrera nómada y azarosa. Doquiera que fuese, llevaba consigo sus libros escogidos, sus anotaciones filológicas y todos sus papeles con glosas, apuntes y comparaciones. Este método de trabajo incesante, le dió un fondo enorme de erudición y conocimientos que lo habilitaron muy pronto para discurrir con autoridad en materia de lenguaje y para perfeccionar su propio estilo. Irisarri, como lo expresa él mismo, no hizo su largo estudio de la lengua castellana, en las gramáticas publicadas desde los días de Lebrija hasta los de Salvá, sino en los escritos de los clásicos de todos los siglos. En ellos buscó las reglas a que está sometida la lengua, según el uso que han hecho de ella las que la formaron y los que la han seguido hablando y escribiendo hasta ahora. Así se formó idea de lo que fué en sus principios el castellano y de las alteraciones que en él se han ido haciendo, porque en los escritos de los clásicos están las reglas de la verdadera gramática.

Irisarri tenía copia de textos de todos los escritores españoles de algún mérito, desde el año 1155, y tenía anotados más de mil nombres. Empezó el estudio de los clásicos desde que la lengua aparece informe y primitiva en los Fueros de Sepúlveda y de Nájera, hasta los tiempos de Martínez de la Rosa,

Lista, Estébanez Calderón y Quintana, que fueron sus contemporáneos. Y es cosa que llama la atención, la manera casi despectiva y desdeñosa con que se expresa de los gramáticos y de los que escriben de gramática. En más de una ocasión repite que ha hecho sus estudios en las obras de los clásicos y no en las de los gramáticos.

«He visto, dice, en todas las gramáticas que conozco de esta lengua, que sus autores han combinado cierto plan o cierto sistema filosófico que les ha parecido conveniente para acomodar a él todas las cosas, como si hubiesen sido los filósofos, los eruditos y los sabios y no el común de los hombres vulgares, los formadores de las lenguas; pero debo advertir que no ha llegado a mis manos la gramática del Señor Don Andrés Bello, aunque este buen amigo mío me dirigió un ejemplar de ella, luego que la dió a luz, y por consiguiente, no puede alcanzar a este erudito filólogo lo que digo de los autores de las gramáticas que conozco.»

Irisarri no quiso herir la susceptibilidad de su amigo, comprendiendo su nombre entre los gramáticos que censuraba; pero su afirmación de no haber visto su gramática, parece aventurada e increíble, porque Bello dió a luz su libro en 1847, e Irisarri publicó sus «*Cuestiones filológicas*» catorce años más tarde. El cálculo de probabilidades está en contra de lo que dice, dadas las relaciones continuas que mantuvieron siempre estos dos hombres, y la especialidad de los estudios de Irisarri que lo tenían atento a cuanto se publicara sobre filogogía castellana en cualquiera parte de este continente y de la península ibérica.

Uno de los últimos periódicos que publicó Irisarri se llamó «*El Revisor de la política y literatura americana*», del cual los primeros números salieron en Curazao en 1849 y los postreros en Nueva York en 1850. El título de este periódico fué causa de una controversia gramatical, porque un escritor antillano afirmó que ese título contenía una grave falta de concordancia imperdonable en Irisarri que presumía de purista, porque pecaba contra la regla que enseña que cuando hay dos o más sustantivos calificados por un adjetivo, este adjetivo debe ponerse en plural. Por lo tanto, el nombre correcto del periódico debía de ser «*El Revisor de la política y literatura americanas*».

Esta crítica del escritor antillano dió ocasión a Irisarri para contestarla en un erudito artículo, en el que no desperdició la oportunidad de dar un picotazo a los gramáticos, así como de pasada. Sostuvo Irisarri que esa regla era inexacta, porque no se deducía de la práctica de los clásicos, y citó en su apoyo una larga retahíla de autoridades de todos los tiempos, entre las

cuales figuraban no sólo Cervantes, sino la misma Real Academia de la Lengua, que no la respetaba ni por tanto la reconocía en el prólogo de su Diccionario oficial de aquella fecha. En ese artículo examina Irisarri qué cosa es la gramática, cuáles son sus reglas y quiénes son los que pueden establecerlas. La materia de la gramática, según Irisarri, es la lengua como se habla y escribe, sus reglas son las observadas por los que hablan y escriben y los que más contribuyen a establecer estas reglas son las personas doctas de la nación.

«De esto se deduce, dijo, que toda regla llamada gramatical que no esté conforme con el genio de la lengua, con el uso general de los que la hablan y escriben, y con lo observado por las personas doctas, es una regla falsa que no debe admitirse. Los maestros, los gramáticos, añadió, no están autorizados para hacer reglas con las cuales las lenguas serían más perfectas, según las ideas de perfección que cada uno de ellos tuviera, ni sería conveniente autorizarlos para esto, porque tendríamos gramáticos que serían muy buenos para lenguas que nadie habla, y muy inservibles para las lenguas habladas. Los gramáticos, pues, han de ceñirse a buscar las reglas de la lengua en el uso de ésta, y no en el uso de otras, por mejores que sean.

«¿Qué me importa a mí, que el hebreo, el griego, el latín, el inglés y el francés, estén sujetos a tales reglas, si el español no lo está? Todo lo que yo tengo que averiguar es si el uso ha establecido en mi lengua tal principio o el contrario, y donde yo encuentre el uso constante, allí es en donde solamente hallaré la regla gramatical, porque este uso es, como dice Horacio, el árbitro regulador de las lenguas.»

Como consecuencia de sus pruebas y de su raciocinio, Irisarri dijo que lo más general en todos tiempos ha sido concertar el adjetivo en número y género con el sustantivo más inmediato, como lo hacía él en el título de su periódico, que estaba perfectamente bien.

Otros críticos se entregaron entonces a la tarea de buscar defectos de lenguaje en los escritos de Irisarri, y unos le reprocharon galicismos en el uso del verbo *hacer*, en la frase, *Eso hace su mayor elogio*. Otros encontraron impropia y malsonante su expresión: *Bajo el punto de vista*, por ser también puro francés, y otros vituperaron el empleo de *cuyo*, cuando no es posesivo, y el mal régimen del verbo *ocupar*, en la frase: *Tiempo es ya de que nos ocupemos de otra cosa*, porque debe regirse con la preposición *en*, que unida a los nombres indica el lugar, tiempo o modo de las acciones de los verbos a que se refiere.

Irisarri miraba en menos a estos guerrilleros chicos, que se contentaba con calificar de Zoilos.

La obra preferida de Irisarri, la que tenía concebida desde joven, en la que debía vaciar y exponer, por decirlo así, toda la erudición acumulada en los estudios y meditaciones de su vida, y en la que fundaba acaso la supervivencia de su memoria para después de sus días, era la redacción de un libro sobre filología española. Su intención no era escribir una gramática, sometiéndola a las reglas de otras, ni a las inventadas por los que no tuvieron parte en la formación de la lengua, sino averiguar solamente en la historia del mismo idioma cómo fué formado y cuáles son los principios que siguieron los primeros que lo hablaron, según resulta de la misma historia.

Irisarri tuvo el concepto de la verdadera función de la filología, que es propiamente el estudio histórico del idioma en sus bases primarias y en sus más simples fundamentos, y percibió la diferencia que se ha hecho en la época moderna de lo que son la filología y la lingüística.

Y además en esa obra perseguía Irisarri otro propósito, que tenía alguna concomitancia con ideas que le eran caras, y era establecer la emancipación de la lengua castellana de la subordinación y vasallaje del latín. Ese viejo luchador de la libertad política del Nuevo Mundo, encontraba aquí una oportunidad para concluir con otra servidumbre ideológica, proclamando otra autonomía. Y en este punto se acercaba a las ideas manifestadas por Bello en la gramática que decía que no había visto, en donde Bello enseña que no se deben aplicar indistintamente a un idioma los principios, los términos y las analogías en que se reúnen bien o mal las prácticas de otro. «En España, como en otros países de Europa, la admiración excesiva a la lengua y literatura de los romanos, dió un tipo latino a casi todas las producciones del ingenio, por lo que no era de extrañar, en la época de la restauración de las letras, que se sacasen del latín la nomenclatura y los cánones gramaticales de nuestro romance».

La lengua castellana, según Irisarri, no está fundida en el molde de la latina, aunque sea un hecho evidente que de ésta procede, como lo manifiestan millares de nombres, de verbos, de adverbios y de preposiciones, la conjugación de los verbos y muchas particularidades de la sintaxis; pero en todo esto, si se advierte una imperfecta semejanza, se echa menos la imitación sistemática. El mecanismo del castellano no contiene aquellos finuras ajenas de los pueblos heroicos, pero incultos, que ocuparon la península hasta la invasión de los moros introductores de las artes y de las ciencias en ese país. El mecanismo del castellano

no fué compuesto por Academias de Quintilianos, y según creía Irisarri, es el mayor delirio en que puede caer un hombre de buen juicio el de figurarse que una lengua es la obra de los sabios de una nación, cuando esos sabios, desde que los ha habido, no han podido menos que aceptar la manera de hablar de sus antepasados.

«Creo, en fin, dice Irisarri, que es una verdadera necesidad suponer que los ignorantes componedores de un nuevo idioma, hecho de pedazos de otros antiguos, pudieran tener las ideas que hoy solo tienen los más estudiosos, que han sabido sacar provecho de los modernos conocimientos.»

«Una lengua, escribe en otra parte, no es una vana especulación, no es una quimera; es una cosa existente, es un hecho que tiene historia, como todos los hechos, y esta historia tiene sus testimonios y sus pruebas; está sujeta a la crítica y de su examen resulta la verdad. Consultemos, pues, la historia de esta lengua: veamos cómo la han hablado y escrito los clásicos de todos los siglos, desde que dejó de ser una jerga incomprensible.»

Con esta predisposición del ánimo, escribió Irisarri su libro titulado *Cuestiones Filológicas sobre algunos puntos de la ortografía, de la gramática y del origen de la lengua castellana*.

El tomo primero apareció en Nueva York en 1861 y el segundo no ha visto hasta hoy la luz pública, aun cuando hay antecedentes para creer que Irisarri lo escribió completo y que anda por ahí manuscrito en poder de personas poco diligentes.

El tomo publicado contiene ocho cuestiones que tratan del sistema de ortografía castellana, de los géneros y declinaciones de los nombres, de las concordancias, del origen de la lengua castellana, de qué casos del pronombre él son *le* y *lo*, *les* y *los*, o sea, la disputa de los *loístas* y de los *leístas*, de qué parte de la oración es *la*, y finalmente, el último capítulo está destinado a averiguar qué es lo que deben la literatura y las ciencias en España a la nobleza española.

El tomo segundo debía o debe contener otras cuestiones importantes, como el sistema de formación de los nombres sustantivos y adjetivos derivados de verbos y de otros nombres primitivos, si son o no galicismos algunos giros que pasan por tales entre ciertos críticos, si los gramáticos han tratado debidamente el punto de las conjugaciones de los verbos, y finalmente, el catálogo por orden alfabético, de los personajes y escritores citados en todas las cuestiones, con noticias de la época en que existieron, de las obras que compusieron y del modo cómo influyeron en los progresos de la literatura hispánica.

Este índice de las materias señala, desde luego, la naturaleza

de la obra de Irisarri, un tanto desarticulada, compuesta de capítulos inconexos y sin ligazón entre sí, pero todos tendientes a un fin común. Estos capítulos son trabajos eruditos y completos de cada una de las materias que tocan, pudiéndose decir que en cuanto a sapiencia, observación y conocimientos prácticos, casi todos ellos son verdaderas obras maestras. Pocas veces se había desmenuzado y sometido a un análisis más sutil la contextura y complejidad de nuestro idioma. La agudeza del espíritu de Irisarri se avenía exactamente con esta clase de problemas, que él parecía buscar porque le agradaban.

No vamos aquí a ocuparnos de todos los capítulos de este libro, sino de una u otra de las cuestiones de que trata.

Así, por ejemplo, la primera cuestión versa sobre si tenemos los españoles un sistema perfecto de ortografía y sobre si es fácil y conveniente mejorarlo. Comienza con la definición que de ortografía daba en tiempos de Irisarri la Real Academia Española; reproduce después lo que dijo el célebre primer gramático Antonio de Lebrija, en el sentido que debíamos escribir como pronunciábamos y pronunciar como escribimos, y cita en seguida unas palabras del académico Juan de Iriarte, que expresan que siendo la escritura una imagen o retrato de la palabra, como ésta lo es del pensamiento, parece que las letras y los sonidos debieran tener entre sí la más perfecta correspondencia: esto es, que no había de haber letra que no tuviese su sonido, ni sonido que no tuviese su letra; que cada carácter no hubiese de señalar más que un sonido, ni cada sonido ser señalado por diversos caracteres, y consiguientemente, que se debiera escribir como se habla o pronuncia.

Pero por rara fatalidad, en ninguna de las lenguas conocidas, así vivas como muertas, se ve practicada esta regla tan conforme a la razón, porque no hay idioma en que cada letra se pronuncie siempre del mismo modo, procediendo esta variedad de haber en unos idiomas más caracteres que sonidos y en otros más sonidos que caracteres.

Irisarri observa que esto último no sucede en realidad en nuestro idioma, porque el sonido de nuestras cinco vocales es siempre el mismo en todas las combinaciones imaginables, en lo cual hace una gran ventaja al inglés y al francés, pues en estas lenguas algunas vocales tiene hasta cuatro sonidos diferentes.

A pesar de esto, Irisarri anota muchas anomalías en nuestro sistema alfabético.

Primera anomalía: hacer servir a la *c* para formar dos sonidos diferentes, el uno semejante a la *k* en las combinaciones con *a-e-u*, y el otro al de la *s* con la *e* y la *i*.

La segunda anomalía consiste en dar a la *g*, combinada con *a-o-u* el sonido suave que percibimos en *ga-go-gu*, y el sonido áspero y fuerte que da la *j* en la unión con la *e-i*, teniendo que tomar una *u* después de la *g* para que suene *gue-gui*. A esto se agrega que para hacer sonar la *u* en *gue-gui*, es preciso poner sobre esta letra la diéresis, como en *vergüenza*.

Otra anomalía está en el uso de la *h*, no sirviendo esta letra para hacernos conocer cuándo debe tenerse por signo de aspiración, ni cuándo indica la separación de las dos vocales entre las cuales se encuentra, ni cuando sirve sólo para indicar la etimología de la voz de que se deriva la palabra. No es precisamente una letra inútil, puesto que interviene en las dicciones compuestas de las sílabas *cha-che-chi-cho-chu*, de donde parece que le vino el nombre de *ache*, y tuvo en sus principios en castellano un sonido algo semejante al de la *f*, si consideramos que sin esto no es explicable cómo se convirtieron en *aches* las *efes* de tantos nombres y verbos que originalmente se escribieron con esta última letra. De *facer*, salió *hacer*; de *fembra*, *hembra*; de *fambre*, *hambre*; de *fijo*, *hijo*; de *furto*, *hurto* . . . , etc.

Otra anomalía es tener dos letras que llamamos *i*, la una vocal y la otra consonante, dando a la vocal el nombre de latina y a la consonante el de griega. La confusión que se ha hecho de su uso en la escritura, nació seguramente de habérselas dado el mismo nombre.

Otra anomalía más de nuestro sistema ortográfico, está en haber hecho servir a la *j*, a la *g* y a la *x* para un triple uso que sólo pedía uno de los tres signos.

Una sexta anomalía consiste en haber tenido tres signos para representar el solo sonido de la *b*: uno es la misma letra *b*, otro la *v* y el otro la *u* vocal en tiempos no muy anteriores a los de ahora. Irisarri ocupa como veinte páginas de su libro en estudiar y discutir esta anomalía, que es una de las más curiosas de nuestro alfabeto por las transformaciones de voces que ha venido experimentando, no sólo de la primera confusión de la *b* con la *v*, sino de la segunda confusión que se hizo de las dos *ues*, la vocal y la consonante.

Finalmente otra anomalía que subsistió hasta poco antes que escribiera Irisarri, era el uso de la *q*, dándole el sonido de *c* en las combinaciones de la *u* con la *a* y la *o*, como en las palabras *quando* y *quota*, y haciendo perder el sonido de la *u* cuando a esta letra le seguía la *e* o la *i*, como en *que* y en *quien*.

Trata en seguida Irisarri en este mismo capítulo, de algunas reformas propuestas en la ortografía, reformas que, a su juicio, son malas, porque han producido alteraciones en el antiguo so-

nido de las palabras con perjuicio de la sonoridad y propiedad de la lengua. La reforma, por ejemplo, de escribir con *s* los nombres y verbos que se escribían con *x*, cuando a esta letra seguía alguna de las consonantes *h-p-t-r*, como *expiar*, *exhumar*, *extático*, y la otra reforma de suprimir la *b* y la *n* en las palabras en que eran seguidas estas letras de la *s*, como *transporte*, *obscuridad*, *obstáculo*, *transformar*, han sido hechas con el objeto de suavizar la lengua, disminuyendo los sonidos compuestos de diversas articulaciones algún tanto ásperas o fuertes; pero en cambio, han empobrecido el idioma de sonidos que eran necesarios para dar cierto grado de energía y vigor a una lengua demasiado suave por la abundancia y claridad de sus vocales.

La excelencia de una lengua, como la de la música, dice Irisarri, consiste en la variedad y combinación de sonidos diferentes, de los suaves con fuertes, de los agudos con los graves. Esas reformas no solamente han afeminado la energía primitiva del idioma, sino que en algunos casos se han convertido en sinónimas palabras que no lo eran, como por ejemplo, *espíar*, que significaba observar con cautela y disimulo, y *expiar*, que era purificarse de las culpas cometidas, *estática*, que es la parte de la mecánica que trata del equilibrio de los cuerpos sólidos, y *extática*, que es la terminación femenina del adjetivo que se aplica a la persona que se arroba en *éxtasis*.

En resumen, según Irisarri, nuestro sistema de ortografía podía ser mucho más simple y conforme a la razón, pero su reforma radical no es tan fácil de hacerse. «Si todas las cosas son difíciles en sus principios, escribió, mucho más lo es el desaprender lo ya aprendido y habituarse de nuevo a hacer las cosas de un modo diferente de aquel a que se está acostumbrado. . . . Con todo esto, yo creo que podría adoptarse sin gran dificultad la substitución de la *j* a la *g* en los sonidos *je* y *ji*, y no dar a la *y* consonante el oficio de la *i* vocal. Esto es la único que hasta ahora yo me he permitido, porque he pensado que un absurdo semejante, como el de hacer servir en lugar de una vocal a una consonante, no merece respetarse, ni a causa de su antigüedad, ni por consideración a los excelentes escritores que han incurrido en él».

Otra cuestión o capítulo de su libro, está destinado a averiguar qué parte de la oración es *la*, y se diría que Irisarri escogió este tema para exhibir y hacer gala de su aplastante erudición en materia de estudios históricos y cronológicos de la literatura española, porque la verdad es que dicho tema no tiene una notable importancia ni hay sobre el particular grandes contradicciones. Según Irisarri, pues, hasta fines del siglo XVI todos los españoles confundieron el caso dativo masculino del artículo *el*

con el femenino del artículo *la*, y decían indistintamente a un hombre o a una mujer *le dí* o *le pedí*; pero es un hecho que desde fines de ese siglo, los mejores escritores empezaron a usar el *la* como dativo del artículo femenino para distinguirlo de *le*, dativo masculino, lo mismo que *la* era ya el nominativo y el acusativo del artículo femenino.

Es cierto que algunos gramáticos, entre otros Salvá, dicen que el empleo de *la* como dativo femenino era vicio de los escritores madrileños, y no de los escritores de las demás partes de España; pero Irisarri se complace en contradecirlos, citando muchos grandes clásicos de toda la península, que usaban esa palabra en aquella forma, como Cervantes que era alcalaeño; Santa Teresa de Jesús, avileña; San Juan de la Cruz, de la villa de Hontiveros; fray Diego de Yepes, del pueblo de Yepes; Antonio de Solís, alcalaeño como Cervantes; Luis de Góngora, cordobés; los dos Iriartes, Juan y Tomás, tío y sobrino, canarios; Samaniego, riojano; Cadalso, gaditano; Gil y Zárate, leonés. . . , etc.

Estas autoridades facultaron a Irisarri para afirmar que es correcto el uso de *la* como dativo femenino, a pesar de la opinión de algunos gramáticos. Su uso no es frecuente, pero esto no quiere decir que sea vicioso ni otra cosa, sino que la lengua en este punto, como en otros, no está fijada, y que es muy probable que andando los años no haya más la confusión que ha habido entre el artículo y los dos géneros tan esencialmente diferentes. Y en todo caso, termina triunfalmente Irisarri, si éste es el uso en Castilla la Vieja, en cuestiones de castellano no puede haber duda en que es el uso de Castilla el que debe prevalecer, por la misma razón que el uso de Atenas debió prevalecer a los demás usos griegos en cuanto al ático, y por la misma razón que debió preferirse el uso romano a los otros usos en cuanto al latín.

En otro capítulo examina Irisarri el régimen de las concordancias en la lengua castellana; pero como no es posible resumir aquí tan superabundante estudio, nos bastará con tomar nota de las reformas que aconseja hacer en esta materia.

Primera: no concertar jamás nombres de distintos géneros con un solo artículo, sino dando a cada nombre el que le corresponde; que no se diga, por ejemplo, *la lei y valor*, ni *los hombres y mujeres*, sino *la ley y el valor*, *los hombres y las mujeres*.

Segunda: no concordar varios sustantivos de diversos géneros con un adjetivo puesto en una de las dos terminaciones; que no se diga, *son buenos el hombre y la mujer*, sino *es bueno el hombre y es buena la mujer*.

Tercera: concordar siempre el verbo con los nombres que deben concordarse, lleven o no expresa la conjunción, preceda o siga

el verbo a los nombres; que se diga, *vinieron Juan, Pedro y José*, y no, *vino Juan, Pedro y José*.

Cuarta: cuando sirve como de conjunción la preposición *con*, si sigue a un solo nombre, el verbo se pone en singular, si a más de uno, en plural, por ejemplo, *José con Juan fué a ver a Pedro*, y *José y Juan con Pedro fueron a pasear*.

Quinta: varios nombres en singular, llevando la partícula disyuntiva *o*, no concertarán con el verbo en plural, sino en singular, porque la acción del verbo no recae ni se ejerce sino sobre uno de dichos nombres; por ejemplo, *Juan o Pedro vendrá a verme*, y no, *vendrán a verme*.

Sexta: aunque parece que la llamada partícula disyuntiva *ni*, separa también los nombres entre los cuales se coloca, no es así, ni ha debido llamarse disyuntiva, sino conjunción de negación, como la *y* es conjunción afirmativa, y por tanto, los nombres enlazados con la partícula *ni* exigen el plural del verbo; así como decimos, *Juan y Pedro vendrán*, debemos decir, *no vendrán Juan ni Pedro*, porque de los dos se niega la venida.

Termina Irisarri esta cuestión con las siguientes frases: «Esto no quiere decir que los poetas y los oradores no puedan cometer, cuando lo crean conveniente, la figura enálage, por la cual no se hace otra cosa que casar mal las diversas partes de la oración. Poner un tiempo por otro, un género por otro, un número por otro, son cosas que hacen los sabios por gracia y los necios por torpeza, sin hacer ni más ni menos los unos que los otros. ¿Y por qué no diremos que la lengua castellana ha sido y es esencial y eminentemente enalágica, así como la francesa es de suyo pleonástica y la inglesa la más regular e ideológica de las modernas?»

Otro capítulo del libro de Irisarri trata del origen de la lengua castellana, de su formación y de sus progresos. Estas páginas son de un interés sorprendente por su claridad y por su erudición. No hay en ellas frases perdidas ni conceptos mediocres ni repetidos, sino una concisión y una exactitud admirables. El maestro conoce a fondo su ciencia y se luce dando tan brillante lección.

Comienza por asentar Irisarri que ningún escritor, ni español ni extranjero, de los que se han ocupado en averiguar el origen de la lengua que se habló en España en tiempos muy remotos, ha podido dar una muestra del español que se hablaba hace mil años, y apenas podemos formar una idea del que se usaba en tiempo de Alfonso XI, que reinó de 1073 a 1109. Ningún escrito en español perteneciente a aquella época ha llegado a nuestros días, siendo el más antiguo la traducción de los Fueros de Avi-

lés, concedidos por ese monarca, escritos originariamente en latín y traducidos en 1155.

Es muy probable que en el tiempo en que invadieron la península los celtas, fenicios, cartagineses y romanos se hablaran en el país diferentes lenguas, lo que explica las diversas lenguas y dialectos que se conocen en España como productos de diferentes nacionalidades, y es lógico también suponer que el comercio y la comunicación frecuente de unos vecinos con otros, hiciese que se fuesen asemejando, poco a poco, las lenguas de los pueblos confinantes.

La historia de aquellos tiempos no da noticias exactas, sino falsos informes, y Estrabón, el más antiguo de los historiadores griegos en quien se puede tener alguna confianza, no conoció la España más que por las imperfectas noticias que pudo adquirir de otros no mejor informados que él. Debemos, pues, conformarnos con saberlo que puede ser sabido, sin engolfarnos en el mar de las incertidumbres históricas, ni ocurrir a conjeturas más o menos aventuradas, llegando con ellas ordinariamente hasta el extremo del absurdo. Contentémonos con saber lo que es posible, es decir, cuál es el origen de la lengua que ahora hablamos, lo que fué esta lengua en los tiempo más antiguos a que alcanzan los documentos que han llegado hasta nosotros, y cómo se ha ido perfeccionando hasta el estado en que la vemos actualmente.

El nombre mismo de romance que tiene el castellano, está diciendo que es la lengua romana o latina adulterada. Sus verbos y conjugaciones, sus nombres y sus pronombres, sus preposiciones y la sintaxis, están manifestando que el castellano actual ha sido formado del latín, y que en este castellano se introdujeron palabras de otros idiomas y una parte del genio de otro lenguaje primitivo, que pudo ser el celta u otro anterior.

El mayor número de voces que no vienen del latín, son de origen árabe, y debía ser así, porque la dominación musulmana duró en España por cerca de ocho siglos y porque fueron los moros la nación más poderosa, más culta y más en relación con los castellanos después de haber dejado Castilla de ser colonia romana. Según la opinión de un erudito que cita Irisarri, hay en castellano seis décimos de palabras latinas, un décimo de origen griego, otro décimo de las lenguas del Norte, otro de los idiomas americanos, del alemán moderno, del francés, del italiano, del gitano, del vascuense, y el último décimo del árabe, en lo que cree Irisarri que ese erudito anduvo muy corto.

Si se compara el castellano que se hablaba en 1155, año de la traducción de los Fueros de Avilés, dice Irisarri, con el que se habla en el día, se saca en limpio que aquello era una jerigonza

llena de palabras que no se hallan entre las más anticuadas que pone el diccionario de la Academia. El castellano estaba muy en sus principios y algunos pasajes de aquel escrito no parecen sino latín macarrónico e ininteligible.

He aquí, por ejemplo, estas últimas frases de los citados Fueros: «Duos homines cum armas derrumpent casa et de rotura de orta serrada LX solidos al don de la orta, el medio al rei é medio al don de la. Homines populatores de Abilies, no dent portage ni rivage dende la mar ata Leon». Esto quiere decir: los hombres que forzasen con armas una casa y penetrasen en un huerto cerrado, pagarán sesenta sueldos al dueño del huerto, la mitad será para el rey y la otra mitad para el dueño del huerto. Los hombres pobladores de Avilés no pagarán derechos de puerto ni de río, desde el mar hasta León.

Cien años después, en el reinado de Alfonso el Sabio, ya aparece el castellano como lengua regular, según se ve en las Leyes de Partidas y en los demás documentos que se conservan de la pluma de aquel rey. El idioma había mejorado en el transcurso de un siglo y se notan frases claras, bien determinados los diferentes tiempos de los verbos y una sintaxis sometida ya a ciertas reglas.

Por ejemplo, este trozo de carta que escribió ese monarca en 1282, al que fué más tarde el heroico defensor de Tarifa, Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, empeñándole en que solicitase el auxilio del rey de Fez: «Yo sé quanto sodes suyo, e quanto vos ama, con quanta razon e quanto por vuestro consejo fará. Non miredes a cosas pasadas, sino a presentes: catá quien sodes, e del linage donde venides, e que en algun tiempo vos fará bien: e si lo vos non ficiese, vuestro bien facer vos lo galardonará, que el que face bien nunca lo pierde».

Estas mejoras continuaron haciéndose progresivamente durante el siglo siguiente, como lo hallamos en las obras del infante Juan Manuel, fallecido en 1347. Como ejemplo puede tomarse esta media página de la obra más conocida de ese escritor, titulada *El Conde de Lucanor*. «Señor conde: El conde Fernan González era en Burgos, e havía pasado muchos trabajos por defender su tierra e una vez que estaba ya mas en sosiego e en paz, díxole Nuño Laynez: que sería bien que de allí en adelante que non se metiese en tantos ruidos, e que folgase él e que dexase folgar a sus gentes. Y el conde respondió, que a todo hombre del mundo non placería mas que a él folgar e estar vicioso, si pudiese; mas que bien sabía que havía guerra con los moros e con los leoneses e con los navarros, e que si quisiesen mucho folgar, que sus contrarios luego serían contra ellos».

En el siglo décimo quinto, florecieron el marqués de Santillana, el cronista López de Ayala, Alonso Martínez de Toledo y muchos más, cuyas obras están manifestando los rápidos progresos que hacía la gramática castellana. Y se entra después en el siglo XVI, un gran siglo para las letras españolas, lleno de escritores clásicos, a mediados del cual nació Cervantes Saavedra, el que hizo con su obra inmortal conocer a toda Europa el alto grado de perfección a que había llegado la lengua de Castilla. Una lengua que se prestaba tan bien para pintar las ideas peregrinas del fecundísimo escritor, no podía menos de ser ya una lengua bien cultivada y bien pulida.

De entonces para acá, el castellano ha variado relativamente muy poco, sobre todo, si se le parangona con las otras lenguas vivas de Europa. Se han dejado algunas voces anticuadas, se han abandonado ciertos modismos, se han adoptado otros nuevos y se han alterado algunos significados de palabras: estas son, conforme con lo que enseña Irisarri, las mayores diferencias que se pueden observar entre el lenguaje de Cervantes y el que han usado y usan los escritores más correctos que después de aquel ha tenido la España hasta nuestros días, es decir, hasta los días en que escribió Irisarri, hace setenta años.

La idea de fijar la lengua, dice Irisarri, es menester entenderla de un modo razonable y posible en una lengua que se va alterando lentamente con su propio uso. Este uso hace que una voz que ha significado hasta cierto tiempo una cosa, llegue después a significar la contraria, como se observa, por ejemplo, en el Quijote en la frase *puesto que*, que equivalía entonces al adverbio *aunque*, y hoy nadie lo usa sino en lugar de *porque*, de tal manera que en la misma frase en que se hace ahora un cumplimiento antes se hacía una ofensa. Decir hoy a una persona. *Eso lo creo puesto que Ud. lo dice*, quiere decir: *Lo creo porque Ud. lo dice*, y antes significaba: *Lo creo aunque Ud. lo dice*, cosa muy parecida y cercana a un verdadero insulto.

Irisarri da fin a este capítulo en los siguientes términos: «Así es que se pueden fijar tanto las reglas gramaticales, como el significado de las voces en el presente estado de la lengua, pero no para siempre, porque aquellas reglas y este significado están sujetos a la alteración que padecen y deben padecer todas las cosas de los hombres. Ni sería conveniente tal fijación, porque ella se opondría a la mejora que el tiempo trae consigo. Que se mejora nuestra lengua progresivamente, es un hecho que no puede desconocerse, y que es capaz de mejorarse hasta hacerse tan perfecta como es posible, es otro hecho que ponen de manifiesto las mejo-

ras que ha tenido en los siete siglos transcurridos desde que se hizo la traducción al castellano de los Fueros de Avilés».

Este libro de Irisarri no ha tenido en el mundo de las letras la resonancia que merece, no se le ha reconocido todo el valor que tiene y apenas una que otra vez se le menciona como autoridad lingüística. No ha tenido tampoco los honores de la reimpresión, de tal modo que hoy día en las bibliotecas es una curiosidad bibliográfica.

No todo, sin embargo, ha sido olvido para Irisarri. El crítico centroamericano Batres Jáuregui, considera a Irisarri como un gran filólogo y dice que se le tiene como el Cervantes americano; Cejador dice que Irisarri fué gran prosista de ideas, chistes, nervio y audacia; Menéndez Pelayo, que no es crítico generoso de alabanzas, no vacila en afirmar que Irisarri es uno de los hombres de mayor entendimiento, de más vasta cultura y de más fuego en la polémica que ha producido América, y Valera y Cañete lo mencionan y cuentan entre las autoridades modernas del idioma castellano. La Academia Española, por su parte, como señal del aprecio con que miraba sus estudios y recibía sus opiniones, acogió algunas de sus reformas sobre concordancias.

Esta satisfacción la recibió Irisarri en la última parte de su vida, cuando los achaques de la ancianidad lo obligaron a recogerse en su reducida y modesta habitación de Nueva York, entre atados de papeles y montones de libros.

Sus últimos años fueron solitarios y melancólicos: no le rodearon cariños, sino desengaños y desvíos, y así vino él también a recoger lo que había sembrado. Sólo su espíritu se mantuvo hasta el fin enhiesto y firme.

Hace ya muchos años que sobre su tumba hay silencio y paz: han pasado la generación de sus contemporáneos y dos generaciones más: se han desvanecido las tempestades que agitaron su vida y los problemas actuales del mundo son totalmente diferentes de los que a él preocuparon, de tal modo que para comprender y juzgar a Irisarri tenemos que hacer un esfuerzo de la imaginación. Solamente la historia continúa su trabajo impersonal y frío, y ella habrá de dar la nota y la ecuación de los valores reales y permanentes de Irisarri, poniendo su nombre en un lugar de relieve en la historia de las letras hispanoamericanas.

Por lo que a mí toca, no puedo negar que tengo por él benevolencia y afecto. Admiro su talento, estimo en lo que valen los servicios que prestó a mi país, reconozco sus defectos y sus actos controvertibles y creo que sus aventuras, ponderadas y exageradas por sus enemigos, fueron compensadas y pagadas con sus desventuras. Y todavía, oigo la voz secreta de un antepasado

mío a quien Irisarri auxilió y protegió en Inglaterra en trances difíciles de su vida, voz que me pide recuerdo y gratitud. Y estos nobles sentimientos se heredan con la buena sangre.

Y en todo caso, si Irisarri me oyera se sonreiría, porque vería cumplirse la fervorosa petición que hacía a Dios para que lo librara de los buenos críticos, porque los malos o los insignificantes no le daban en absoluto ningún cuidado.